

ESCRITOS INÉDITOS DE CARLOS DE LA ISLA*

* Los siguientes textos, que ahora se publican con la aprobación del Dr. Carlos de la Isla, fueron amablemente proporcionados por Rosalía Calzada, secretaria de la División Académica de Estudios Generales y Estudios Internacionales, y editados por Carlos Gutiérrez Lozano.

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.

I. SOBRE EDUCACIÓN

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.

SOBRE LOS ALCANCES DE LA RAZÓN Y LA DEMOSTRACIÓN (2007)

El siglo XX, decía Bertrand Russell, ha sido el siglo de los infinitos rebaños y de los líderes semejantes a los dioses.

El siglo XXI ya ha producido una nueva generación de líderes incendiarios que se gozan como Nerón contemplando las llamas de las guerras y alimentándose del dolor y de la muerte de millones de seres humanos inocentes. Aumentan la infamia y los dementes que derrochan violencia por las ansias patológicas de poder y dominación.

Al mismo tiempo, se multiplican los rebaños de corderos perdidos, necesitados de rumbo, de dirección y sentido, dispuestos a entregarse al guía, aunque los conduzca al despeñadero.

Los líderes semejantes a los dioses dicen tener razón, poseer toda y la única verdad y encarnar la “inspiración más alta y la fuerza redentora”.

¿Quién dice que las ideologías han sido sepultadas? La ideología ha sido el arma más poderosa de los dominadores, de los que tienen la pasión vehemente de tener razón; es la que define lo que está bien y lo que está mal, lo verdadero y lo falso, la perfección y la vileza.

El líder incendiario “se convencerá a sí mismo de que es poseedor de la verdad [...] se propondrá como guía y afirmará que conoce mejor el sendero. Si se presentan otros “guías”, luchará contra ellos para impedir que sus seguidores tomen otro camino que no sea el suyo. “Se preocupa poco por someter lo que afirma a la prueba de la verifi-

cación. Elige entre los hechos los que le convienen y que confirman sus afirmaciones. Su propósito es persuadir de que él es el profeta [...] No intenta comprender lo que es, sino justificar lo que hace” (J. W. Lapierre).

Este líder constructor de su propia ideología se inscribe en su dogma, que considera sagrado, intocable, de allí la actitud fundamentalista, porque se funda en lo incuestionable, en lo irrefutable, en lo que hay que creer y vivir.

Por eso las masas se convierten en rebaños. Desde su experiencia dolorosa y desesperada construyen sus utopías, sus sueños de liberación y necesitan un líder, un pastor para hacerlas realidad. Se le entregan ciega, apasionada e incondicionalmente.

Buena parte de los conflictos sangrientos que vive el mundo se explican por esta relación: ideología-utopía, líderes y rebaños. “Los grandes conflictos ideológicos son ya planetarios y no están circunscritos a una nación, a una región o a un continente. No se pueden comprender las ideologías que se enfrentan en un país sin situarlas en el conjunto de las relaciones internacionales” (J. W. Lapierre).

Por la enorme seriedad de estos hechos, pienso que es muy conveniente distinguir algunas actitudes humanas movidas por las ideas. Es relevante la diferencia entre autenticidad y fanatismo. Autenticidad es una palabra que expresa, primeramente, la afirmación del yo. El término griego *autós* significa “mismo” y, sustantivado, equivale a mismidad, autenticidad. El hombre es él mismo, auténtico, cuando su propio ser, su historia es decidida, construida por él mismo. Esto parece una obviedad, sin embargo, en la sociedad actual es la proeza más destacada, reservada para personas de gran tamaño (genio es quien logra ser él mismo a pesar de todos los condicionamientos del medio, decía el psicólogo Ronald Sandison).

Un ser humano auténtico es el que piensa y obra de acuerdo con lo que es, es decir, de acuerdo con su dignidad. De hecho, autenticidad es sinónimo de “ser verdad”.

Existe una perfecta adecuación entre la verdad de la vida hecha con entusiasmo, pasión y hasta con riesgo. Esta postura es opuesta a la

moda ligera, sin estridencias, sin conmociones, tan leve e imponderable como una pluma que elige su asiento en la agilidad del viento.

La palabra *light* se ha usado para calificar actitudes del hombre contemporáneo sin pasión, sin compromiso, sin sustancia. Este uso ha desprestigiado el significado de la misma palabra que como sustantivo significa “luz”. El ser auténtico que es verdad también es luz (*light*) que ilumina, no solo a sí mismo, sino también a los otros en su ser con otros.

La apasionada defensa de los propios ideales tiene dos caras bien diferentes: el fundamentalista y el auténtico tienen convicciones profundas, las defienden con pasión; su diferencia radica en que el fanático piensa que es poseedor de la única verdad y se siente profeta elegido, testigo (mártir) de la verdad. El hombre auténtico engendra sus ideas y las defiende como a sus propios hijos; es fiel a ellas, pero siempre está abierto al cuestionamiento, pues acepta que es falible y limitado. Ambos son valientes, enérgicos, tal vez heroicos, pero el fanático ha sido cooptado por ideas y voluntades ajenas, y conducido a un ámbito de docilidad y de entrega total. En cambio, el hombre auténtico mantiene con gozosa apertura su invitación al diálogo sincero, al juicio de otros enjuiciamientos y discernimientos de la crítica.

La certeza de la falibilidad de la certeza propicia la actitud modesta del que finca sus evidencias sobre el permanente supuesto de la posible equivocación. Este supuesto no es axiomático, es una conclusión dolorosa y repetidamente demostrada en la historia del pensamiento humano sin exceptuar las llamadas ciencias duras. Es muy conveniente y necesario, sobre todo en las horas angustiosas que vivimos, subrayar con firmeza que ningún hombre es poseedor absoluto de la verdad absoluta, y que por la naturaleza del escabroso camino del conocimiento, todo ser humano puede equivocarse.

Por no aceptar esta sencilla y evidentísima verdad se han desatado todas las guerras de los fundamentalismos, guerras infames que han destrozado millones de vidas. A un fanatismo se le opone otro fanatismo y así se perpetúa, en nombre de la “verdad”, la infinita cadena de la criminalidad sin límites.

Hay fanáticos religiosos, fanáticos del poder y de la dominación, fanáticos de la ciencia, de la nación, del sistema o del partido. Son muy

diferentes los móviles y las obsesiones, pero todos coinciden en el orgullo, en la arrogancia idolátrica de pensar que solo ellos tienen la verdad de Dios y el Dios de la verdad; que solo ellos tienen la “razón” en propiedad exclusiva.

Pienso, con fuerte convicción, que siempre, pero ahora con mayor urgencia, las universidades deben observar dos actitudes y prácticas esenciales de su obligación formativa. Primera: rigor al establecer, limpiar y recorrer el camino (método) que conduce, como dice Platón, de las sombras de la caverna a la luz de la verdad, de la intelección por medio de la demostración para evitar las meras opiniones o dogmas que se quedan como afirmaciones sin sustento. Y segunda: acompañar este proceso con la postura que K. Popper llama racionalismo crítico:

Este racionalismo es una actitud en la que predomina la disposición a escuchar los argumentos críticos y a aprender de la experiencia. Fundamentalmente consiste en admitir que yo puedo estar equivocado, tú puedes tener razón y, con un esfuerzo, podemos acercarnos los dos a la verdad [...] Llamamos verdadero racionalismo al de Sócrates, esto es, a la conciencia de las propias limitaciones; a la modestia intelectual de aquellos que saben con cuánta frecuencia yerran y hasta qué punto dependen de los demás, aun para la posesión de este conocimiento.

166

Expresión semejante a la de Machado, el gran poeta español cuando dice: “No es tu verdad la que importa ni mi verdad, sino la verdad, y caminemos juntos para descubrirla”.

La insistencia sobre la falibilidad de la certeza racional podría conducir a la desastrosa creencia de la impotencia de la razón para alcanzar la verdad. Pero aquí tiene mucho valor la afirmación de Russell: “La dificultad para descubrir la verdad no significa que no haya verdad por descubrir”. De aquí la gran importancia de esa primera gran obligación de la universidad en su labor formativa: recorrer el camino de las sombras a la luz de la verdad por medio de la demostración.

La fe en la autoridad de quien dice la verdad no es ciertamente el mejor argumento de la aportación de evidencia; sin embargo, es muy importante, porque en esa fe razonable se basa todo proceso de ense-

ñanza-aprendizaje. La fuerza de este argumento radica en la calidad moral (no quiere engañar) y la calidad del saber de la autoridad.

Si pido a von Brown que demuestre la fórmula que hizo posible que el hombre pisara la luna, si él hace la difícil y larga demostración y me pregunta: “¿La entendiste?”, contestaré: “No la entendí”. Su siguiente pregunta: “¿Crees que es verdadera?” Sería insensato decirle: “Si no entiendo, no creo que sea verdadera”, porque él ha demostrado la verdad de su fórmula y sé que no quiere engañarme. Acepto como verdadero lo que no entiendo por la fe en la autoridad de quien me lo dice. Mi aceptación, sin embargo, sería mucho más valiosa si lograra entender los pasos de la demostración científica.

Casi todos los conocimientos que recibimos de otros los obtenemos por este camino. Pero siempre es conveniente recordar que los conocimientos que descubrimos y demostramos son más fuertes y permanentes que los recibidos por fe razonable, aunque la autoridad sea muy respetada.

Demostrar es mostrar la evidencia de algo a partir “de” otro conocimiento dado. Esto es claro en el silogismo, puesto que la verdad de la conclusión proviene de la verdad entrañada en las premisas.

En la demostración por inducción, el entendimiento necesita el auxilio de los sentidos, porque, dice Aristóteles, “nada existe en el entendimiento que no haya pasado por los sentidos”.

La percepción es necesaria, pero no suficiente para el conocimiento del universal. Los sentidos captan los objetos, muestran sus sombras y sus luces, sacan la fotografía de las cosas; pero para penetrar la superficie es necesario llamar al intelecto, al lector de lo profundo, para que indague a los autores, a las causas de las cosas que realizan el prodigio de la universalidad.

La percepción de lo particular del fenómeno es el apoyo, pero, por el conocimiento de causas, el paso es al infinito: no importa cuándo ni cómo, ni dónde; siempre que se den las causas (si son necesarias) se dará la esencia. Uno de los ejercicios intelectuales más importantes es el análisis de causas. El análisis (de *analuein*) es un desatamiento y separación de las partes para conocerlas mejor.

Cuando se hace una buena disección del objeto sin perder el orden de las partes y su puesto en el todo, entonces tenemos un mejor conocimiento del todo. Lo cognoscible compuesto debe poder ser dividido para ser mejor conocido. Y el análisis de causas es el que nos lleva al mejor conocimiento del todo, porque conoce las causas del todo y las causas de las partes que lo integran.

La búsqueda más importante de los más grandes filósofos griegos fue sobre la primera causa, sobre el principio (no solo como inicio, sino como razón suficiente de todo lo que existe).

El *arjé*, primer principio y causa eficiente, fue la gran preocupación filosófica. Aquellos grandes genios no se conformaban con explicaciones parciales, querían descubrir la razón suficiente y total del ser en cuanto ser, es decir, de todo lo existente.

Platón concluye afirmando que debe existir la “realidad en sí y por sí solo idéntica a sí misma en la unicidad de su forma”, como única explicación posible de todo lo que no existe por sí mismo. La existencia por otro siempre será dependiente, y es imposible explicar suficientemente el ser de los seres dependientes solo por seres dependientes. De allí la necesidad del Ser no solo en sí, sino por sí, la necesidad del *arjé*, origen del ser y de todo lo que es.

168 Aristóteles, en forma semejante, procede en la búsqueda de la razón suficiente de los seres contingentes. Si el ser contingente pudo no existir, necesitó otro ser que le comunicara la existencia. Así la existencia del ser contingente no puede ser explicada solo por seres que necesitan de otros. Por lo tanto, debe existir un ser por sí mismo, ser necesario que es principio y causa de todo; es necesario el *arjé*.

La demostración de la razón suficiente del movimiento es un ejemplo excelente del quehacer filosófico en todos sus pasos. El punto de partida es una realidad innegable: el movimiento. Quien niega el movimiento, necesita moverse para negarlo. Todo ser que está en potencia de moverse (pasar de la potencia al acto) necesita otro ser que lo mueva (que le comunique el acto); si los seres que mueven han sido movidos se construye la cadena de seres que mueven y son movidos. Pero es imposible explicar la razón suficiente del movimiento por la serie, aun al infinito, de seres que mueven y son movidos, porque todos son de la

misma naturaleza y el mayor número de ellos más complica que explica su razón suficiente.

Por lo tanto, dice Aristóteles, debe existir un primer ser que mueva sin ser movido (motor inmóvil).

El gran filósofo griego no emplea con frecuencia las parábolas, los mitos, las alegorías. Es sobrio y preciso. Es un gran ejemplo del discurso demostrativo. Martín Heidegger revive la reflexión de los griegos sobre el origen del “ser de los entes que en sí mismo no es un ente”. El desarrollo de la gran cuestión que realiza en *Ser y tiempo* pienso que es un modelo de procedimiento filosófico. Primero, porque se propone el objetivo central del quehacer de la filosofía: justifica la pregunta sobre el sentido del ser. Además, porque su búsqueda es rigurosa, con estricta justificación causal.

Después de la justificación de la pregunta sobre el sentido del ser, deja bien claro las características y el contenido de la pregunta, porque, y cita a Platón: “una cosa es contar cuentos de los entes y otra cosa es apresar el ser de los entes”. Se trata de apresar el ser de los entes. Y después demuestra por qué se debe preguntar al “ser ahí”, por qué el análisis existencial, por qué el despliegue de los pliegues de la existencialidad (la mundanidad, la cura, la huida, la angustia, la historicidad, el destino histórico personal y colectivo...); y, finalmente, por qué la exposición de la constitución del ser del ser ahí sigue siendo solo un camino que está allí para recorrerlo.

Este procedimiento es, sin duda, un gran ejemplo de los fuertes escalones del filosofar: el asombro, la pregunta, la búsqueda y la demostración.

Sigue siendo legítimo el criterio de verdad como adecuación del entendimiento con lo entendido. Cuando el pensamiento piensa la realidad como es y la expresa en la palabra precisa, entonces decimos que es expresión de verdad.

La gran tarea en el camino de las verdades contra las falsedades es la actitud honesta e incondicionada para captar lo que es como es y no pretender que la realidad se ajuste a nuestro pensamiento.

Es brillante el ejemplo de Kepler, quien, después de largos años de trabajo, descubre que el movimiento de la órbita de Marte difería en ocho

minutos de lo que él había calculado. Pudo haber despreciado esa diferencia buscándole acomodo en su teoría. Sin embargo, no lo hizo, y así esos “ocho minutos” se convirtieron en el comienzo de una nueva astronomía. Esta es la diferencia entre ajustar la realidad a la teoría y que la teoría exprese fielmente la realidad por la evidencia de la demostración.

Esta evidencia de la comprensión podría parecer contraria al concepto de la falibilidad que se ha comentado antes, pero en verdad no es así. Aun el ideal de objetividad de las ciencias naturales (conocimiento de la realidad y de las leyes que la rigen) se ha visto conmovido por el problema de las paradojas, por la física cuántica y sobre todo por la aportación de Heisenberg cuando demuestra que la sola observación del sujeto modifica el campo molecular observado. Esto no significa la imposibilidad del conocimiento de la realidad y de su comportamiento. Solo se sugiere la actitud honesta, cuidadosa y modesta del buen investigador, si no quiere caer en el dogmatismo arbitrario.

Es necesario conocer el camino, recorrerlo precavidamente, tener confianza en los prodigiosos poderes de la razón, pero siempre tener presente su falibilidad, valorar con inmensa admiración las razones del corazón que la razón no comprende (Pascal).

En síntesis se trata del equilibrio que la sabiduría sugiere: dar a los sentidos lo que les corresponda, dar a la razón y a la intuición lo que les pertenece y, ciertamente dar a la fe y al corazón lo que también a ellos corresponde.